

Spanish Sermon for Advent 1, Year A, November 30, 2025
St. Luke/San Lucas Episcopal Church
Preacher: Rev. Lynette Poulton Kamakura
Isaiah 2:1-5; Romans 13:11-14; Matthew 24:36-44; Psalm 122

En palabras del salmista, oremos al Dios de la esperanza: «Oremos por la paz de Jerusalén: Que prosperen quienes te aman. Que haya paz dentro de nuestros muros y tranquilidad dentro de nuestras torres. Por el bien de nuestros hermanos y compañeros, oramos por la prosperidad. Por la casa del Señor nuestro Dios, procuraremos hacerte bien». Amén.

¡Feliz Año Nuevo! Hoy entramos en el tiempo de Adviento, el comienzo de un nuevo año litúrgico. Es un tiempo de espera, de preparación, de esperanza, preparándonos para la gran celebración del nacimiento de Jesús. Ajetreado, sí, pero también alegre y lleno de cosas maravillosas: chocolate caliente, casitas de jengibre, villancicos, castañas asándose al fuego.

Y hay muchísimas historias especiales sobre los preparativos, sobre el tiempo antes del nacimiento de Jesús. Tenemos la conversación del ángel con José, la conversación del ángel con María, la visita de María a Isabel, incluso el inicio del viaje de los Reyes Magos, siguiendo esa estrella. Muchísimo material con el que trabajar.

Entonces, ¿en qué pensaban los escritores del leccionario al darnos este pasaje de Mateo? ¿Qué pasó con la alegría del mundo, la paz en la tierra, la buena voluntad del hombre? En cambio, tenemos el diluvio con toda su destrucción, la llegada de Jesús a una hora inesperada, referencias a ladrones en la noche.

Debo admitir que tengo una historia con este pasaje en particular. Como ya he compartido, no soy episcopaliano de cuna. Crecí en una tradición diferente, una en la que cada verano teníamos un avivamiento. Durante una semana entera, teníamos servicios nocturnos, con sermones de dos horas a cargo de oradores invitados especiales, mucha música y mucha oración. Un año, cuando tenía unos siete u ocho años, el tema fue "Cristo vendrá de nuevo". Gente de toda la zona vino a escuchar los sermones y la música era bastante intensa.

A principios de la semana, el predicador habló sobre el pasaje que tenemos como nuestro evangelio de hoy. Y se centró en la idea de que debemos estar listos, siempre listos, porque no tenemos idea de cuándo regresará Jesús y no queremos quedarnos atrás. Relacionó esta enseñanza con las parábolas que siguen. Necesitamos mantenernos despiertos. No podemos quedarnos dormidos ni quedarnos sin aceite como los invitados a la boda que no estaban preparados. No podemos estar prestando atención a nuestros propios intereses en lugar de a los de Dios, como los sirvientes de la parábola que sigue. Insistió en estos puntos: ¡Manténganse despiertos! ¡Estén listos! O algo muy malo sucederá: Jesús vendrá y se llevará a todo su pueblo, y se quedarán solos, con todos los demás que no creyeron, que cometieron errores, que se durmieron.

La combinación de un orador muy enérgico y un niño impresionable resultó en un resultado bastante desafortunado. Después de escuchar ese mensaje, tenía miedo de dormirme. Durante un tiempo, me preparaba para ir a la cama, rezaba mis oraciones nocturnas, me metía bajo las sábanas y hacía todo lo posible por mantenerme despierto. Repasaba mentalmente el día, pidiendo perdón por cualquier error que recordara. Me cantaba canciones. Recitaba versículos de la Biblia. Inventaba historias. Cualquier cosa para mantenerme despierto, para estar listo.

Por supuesto, ocurrió lo inevitable: me quedé dormido. Pero mi sueño fue interrumpido y me despertaba presa del pánico, con el corazón latiendo con fuerza, seguro de que Jesús había venido, de que toda mi familia y amigos se habían ido, y de que me había quedado solo, todo por haberme quedado dormido. Una vez que recuperaba el aliento, miraba hacia la cama de mi hermana para asegurarme de que seguía allí. A veces, incluso salía a escondidas al pasillo para comprobar que mis padres seguían en casa. Luego volvía a meterme en la cama y una vez más intentaba hacer todo lo posible por mantenerme despierto.

Esto continuó durante varios días, hasta que terminó el avivamiento y volvimos a nuestra clase habitual de la Escuela Dominical. En lo que solo puede verse como un momento del Espíritu Santo, nuestra lección trató sobre Jesús diciéndoles a los discípulos que dejaran que los niños pequeños se acercaran a él. Mientras nuestra maestra hablaba, recordé todo lo que me habían enseñado sobre Jesús, sobre su amor y su cuidado por los niños. Nuestras canciones, "Jesús ama a los niños pequeños" y "Jesús me ama, esto lo sé". Pensé en todas las veces que Jesús cuidó de las personas, alimentándolas, sanándolas, caminando, hablando y estando con ellas. En todas las veces que Jesús les dijo a quienes lo rodeaban: "No tengan miedo".

Y en ese momento, me di cuenta de que tenía un problema, no con Jesús, sino con algunas de las enseñanzas que se presentaban en su nombre. Sabía que nuestro pasaje del Evangelio de hoy estaba en la Biblia, que tenía significado y propósito, pero estaba bastante segura de que ese propósito no era aterrorizar a los niños pequeños, mantenerlos despiertos por la noche. Jesús, el Jesús de mis clases de la escuela dominical, el Jesús que invitaba a los niños a acercarse, el Jesús que amaba, servía y sanaba, ese Jesús no quería, no podía, convertirse de repente en un hombre del saco.

Y en ese momento, rechacé lo que más tarde entendí que era una teología del miedo. Una teología, una visión de Dios basada en la incertidumbre, en la idea de que debemos estar siempre en guardia, asegurándonos de ser constantemente perfectos —algo que ninguno de nosotros puede lograr—, despiertos y alerta, para que seamos lo suficientemente buenos para Jesús cuando regrese.

Ahora bien, es fácil señalar con el dedo y decir: «Bueno, esa es otra iglesia, esa es una tradición diferente». Aquí no hacemos eso. Lamento decírtelo, pero la teología del miedo tiene una larga historia y raíces muy profundas, y sí, eso también incluye nuestra tradición episcopal. Al investigar para este sermón, encontré muchas enseñanzas centradas en estar alerta, asegurarnos de estar despiertos y listos, siempre en buena

relación con Dios y con la iglesia, para no quedarnos atrás. No hace mucho tiempo también enseñábamos que los no bautizados no se unirían al coro de los santos, que aquellos que murieran sin los últimos ritos tal vez no pudieran entrar en el reino celestial.

Y el miedo no solo existe en nuestra teología; también vivimos hoy en lo que se ha convertido en una era de miedo. Nos bombardean con negatividad en nuestros nuevos ciclos. Vemos cosas horribles sucediendo a nuestro alrededor: personas secuestradas en las calles por individuos enmascarados, personas que reciben asistencia siendo interrumpidas sin previo aviso, familias que se enfrentan a la terrible decisión de pagar la comida o la atención médica. Estas cosas son reales, están sucediendo, y es fácil, muy fácil, caer en la trampa del miedo.

Pero hay un camino a seguir, hay esperanza. Y lo vemos en nuestra lectura de Romanos: «Ahora es el momento de despertar del sueño. Porque la salvación está más cerca de nosotros ahora que cuando nos hicimos creyentes; la noche está avanzada, el día está cerca. Dejemos, pues, a un lado las obras de las tinieblas y vistámonos con las armas de la luz; vivamos honradamente como de día, no en orgías y borracheras, no en libertinaje y libertinaje, no en peleas y envidias. En cambio, revestímonos del Señor Jesucristo».

Esa es nuestra esperanza, esa es nuestra instrucción: revístanse del Señor Jesucristo. Vivan con honor. Estén despiertos, atentos a lo que sucede a nuestro alrededor. No ignoren ni huyan de lo malo. Pero tampoco se dejen arrastrar por él. No comprometan sus valores. Sigán viviendo como Jesús instruyó: ámense unos a otros, cuiden a los pobres, abran nuestros hogares al inmigrante, al extranjero, tengan misericordia de quienes nos rodean. Manténganse despiertos, sí, pero no por miedo, manténganse despiertos con esperanza, con anticipación, sabiendo que Dios está con nosotros, en nuestro presente.

Me gustaría terminar con una cita de Corrie ten Boom. Algunos de ustedes quizás conozcan su historia o hayan visto la película sobre su vida, "En la casa de mi Padre". Para quienes no la conozcan, Corrie ten Boom vivió con su padre y su hermana en los Países Bajos durante la Segunda Guerra Mundial. Formaban parte de una comunidad cristiana allí y, cuando los ocupantes alemanes comenzaron a arrestar judíos para llevarlos a los campos, la familia Ten Boom abrió su hogar a sus vecinos judíos. Escondieron a varias personas en su vieja y destastada casa hasta que, un día, fueron traicionados.

Los ocupantes no solo se llevaron a los judíos que se escondían en la casa. Corrie, su hermana y su padre también fueron arrestados y enviados a los campos. Tanto su hermana como su padre murieron allí. Corrie sobrevivió. Esta es una mujer que experimentó el mal en carne propia, que podría haberse rendido al miedo, pero en cambio dio un paso al frente, se vistió con la armadura de la luz, vivió con honor y, a pesar de todo, se aferró a su creencia en un Dios amoroso.

Cuando se le preguntó sobre sus acciones, su valentía, sus creencias, cuando se le preguntó si tenía miedo, Corrie ten Boom respondió: «Nunca tengas miedo de confiar un futuro desconocido a un Dios conocido».

Nunca tengan miedo de confiar un futuro desconocido a un Dios conocido.

Y eso es lo que quiero dejarles hoy. Un recordatorio de que, aunque no sabemos el día ni la hora de la segunda venida de Jesús, aunque no sabemos qué sucederá en nuestras vidas, en el mundo que nos rodea, aunque no sabemos cuáles serán los titulares de mañana, aunque nuestro futuro es desconocido e incognoscible, sí conocemos a nuestro Dios. Nuestro Dios fiel, nuestro Dios amoroso, nuestro Dios justo. Y, al conocer a nuestro Dios, podemos afrontar el futuro sin miedo, podemos permanecer despiertos, no por miedo, sino con esperanza, esperando la venida de Emmanuel, Dios con nosotros. Amén.